

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat
22 de enero de 2017
Is 8,23b-9,3 / Sal 26,1.4.13-14 / Mt 4, 12-23

Queridos hermanos y hermanas,

Reflexionando sobre el Evangelio que nos acaba de proclamar el diácono me he dado cuenta de que sobresalen dos temas claves. Por un lado, el tema de la luz, por el otro, el tema del seguimiento, pero ambos con un mismo objetivo el tema de la conversión porque el Reino de Dios ya está entre nosotros.

En cuanto a la luz, la descripción que San Mateo nos hace de la aparición pública de Jesús, va precedida por el recuerdo de Juan Bautista, que había sido encarcelado y silenciado y también por el hecho de que Jesús dejó Nazaret y se trasladó a Cafarnaúm, cerca del lago de Galilea, como para indicarnos que si la voz del Bautista se había apagado se empieza a escuchar una nueva voz: la de Jesús, que nos sugiere la aparición de una nueva vida para todos aquellos que vivían rodeados por las tinieblas, inspirándose en el texto del profeta Isaías que hemos proclamado en la primera lectura.

Jesús es la luz que ilumina. Se trata de una luz que nos invita a no dejarnos enredar por las redes de la comodidad y de la desilusión. Una luz que nos dice que bajo las costras del mal que parecen invadirlo todo, se encuentra la bondad y el compromiso de Dios a favor de toda la humanidad. Esta luz, sin embargo, no nos ahorra la toma de decisiones, sino que nos permite avanzar, aunque lo tengamos que hacer en muchas ocasiones a tientas, ya que "el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?", como hemos cantado en el salmo responsorial. (Sal 26, 1).

Jesús, el hombre-Dios vivió y murió enseñándonos que es posible vivir de otra manera, que es posible salir de la oscuridad. Y esa es la buena noticia para todas las generaciones. Una noticia que encontramos resumida en la frase con que Jesús inició su predicación: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos", es decir, el día de su liberación está ya aquí, la luz, aunque que tenue, brilla ya entre vosotros.

Reflexionando sobre el segundo tema, el del seguimiento, vemos cómo Jesús caminando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, que echaban las redes al agua. Más tarde se encontró con Juan y Santiago, los hijos de Zebedeo, también pescadores. A todos ellos les llamó para que lo siguieran. Y ellos, dejando las redes y las barcas, lo siguieron.

En el Evangelio, la llamada que Jesús dirige a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos es muy clara y muy contundente: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres", y es importante darse cuenta de que esta llamada al seguimiento ocurre en medio de la vida cotidiana. Por eso necesitamos estar atentos y vivir el presente como un tiempo y un espacio grávidos de Dios, más allá de nuestra tibieza, o de nuestras ilusiones y proyectos.

El que sigue a alguien se identifica con él, con su pensamiento y sobre todo con su manera de actuar y de vivir. Por ello, seguir a Jesús comporta la aceptación de un destino que aquí y ahora es tan incierto y peligroso como fue el del Maestro, porque el seguidor, es decir, nosotros, en su propio tiempo y en su propio lugar no es sino otro Cristo.

Hermanos y hermanas, en todos los tiempos, en el de Jesús y en el nuestro, resuena la misma llamada: ¡ven conmigo! Que la celebración de la Eucaristía nos ayude a descubrir la luz que ya brilla en medio de nosotros y nos ayude a ser fieles a la llamada recibida: ¡convertíos que el Reino de Dios ya está entre vosotros!